



V

Santa María la Real.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡En nombre del Cielo!—dijo una voz detrás de la gitana.—¿Por qué habéis matado á ese hombre?

Aurora y Flor volviéronse al mismo tiempo, y vieron á pocos pasos de ellas á dos religiosas cuyos austeros hábitos indicaban que pertenecían al monasterio de Las Huelgas. La que había hablado pareció asustarse de su propia audacia, y se dispuso á huir con su compañera, horrorizada de ver aquel campo sembrado de cadáveres, y á las gitanas, una de las cuales acababa de cometer un homicidio. En aquellos tiempos se consideraba á las gitanas como esposas del Diablo, y las esposas del Señor esquivaban todo trato con ellas por huir de la tentación. Sólo la caridad podía vencer aquella repugnancia, y las

dos buenas monjas, impulsadas por esa virtud al ver á Aurora arrodillada y en actitud de orar fervorosamente, no dudaron de que fuese cristiana, á pesar de lo extraño del suceso.

En los ojos de doña Cruz no se había extinguido la llama ardiente, y en ellos se leía como la conciencia de haber realizado un acto de justicia. Las religiosas pensaron que no había herido por ferocidad ó por malos instintos, sino tal vez en defensa propia ó por una causa sagrada.

—Verdad que he matado—exclamó Flor contemplando con cierto desvarío sus manos enrojecidas.—¡Siempre muertos! ¡Siempre víctimas! ¡El crimen llama al crimen! ¡Ojalá que toda la sangre derramada caiga sobre la cabeza de Gonzaga, el infame asesino!

Se arrodilló al lado del vasco y le examinó atentamente, exhalando una exclamación de júbilo:

—¡Vivel! ¡Bendito sea Dios! ¡Os lo suplico, hermanas mías; ayudadme á salvarle, y el Señor os lo pagará!

—¿Y los demás?

—Ésos han merecido la muerte. Son asesinos comprados.

—¿Y ése á quien habéis herido vos?

—¡Ah! ¡Ese miserable! ¡Si supiera que no esta-

ba bien muerto—dijo con acento feroz,—le remataría ahora mismo!

—Debemos perdonar á nuestros enemigos—dijo una de las religiosas dulcemente.

—Á ése no, hermana. Y dudo que Dios mismo, con toda su infinita misericordia, pueda perdonarle. Somos cristianas, católicas, apostólicas, romanas; pero mientras nos quede una gota de sangre á mi compañera y á mí, no podremos hacer otra cosa más que maldecirle, á él y á su amo.

Dicho esto volvió al lado de Antonio, desgarró su ropa, examinó la herida, cortó lienzo de la camisa del vasco con la propia navaja de éste, buscó por los alrededores unas yerbas que masticó, y haciendo una especie de cataplasma se dispuso á curarle. Mientras tanto las religiosas la ayudaban sin decir palabra: la más anciana lavó la herida, y al juntar con los dedos los bordes dijo:

—El golpe se ha desviado. Dentro de ocho días estará curado.

Aurora le cogió una mano y se la besó.

—¡Gracias, madre!—exclamó.—¡Completad vuestra obra: acabad de salvarle! ¿Adónde le transportaríamos para poder curarle?

Había tal dulzura, tanto atractivo en aquella voz suplicante, que las monjas se consultaron con la vista, y la de más edad repuso:

—Vamos á intentarlo, hermanas. Si podemos colocarle y trasportarle en una de esas mulas, hay probabilidad de salvarle.

Los animales permanecían en su sitio con el cuello tendido, oliendo la sangre.

—¡Vamos, vamos, pues; y dejemos á los caminantes el cuidado de recoger á los demás!—exclamó doña Cruz.—Debemos irnos de aquí sin que nadie sepa qué ha sido de nosotras.

—¿Tenéis razones para ocultaros?—preguntó la monja recelosa.

—Sí; y en breve os las contaremos. ¿Adónde queréis llevarnos?

—Allí—respondió la madre señalando las torres de un monasterio á orillas del Arlanzón, á unos diez minutos de la ciudad.

Con infinitas precauciones las cuatro mujeres levantaron el pesado cuerpo del inanimado vasco, consiguiendo colocarle sobre una mula, y el extraño convoy se puso en marcha. Flor mojó su pañuelo en el río, y de vez en cuando humedecía el vendaje; sus compañeras sostenían al herido. Un cuarto de hora después llegaban al convento.

La hermana tornera alzó los brazos al cielo asombradísima al ver el original cortejo: dos religiosas, dos gitanas, un hombre que parecía cadáver, y tres cabalgaduras. La regla prohibía la

entrada de varones en el monasterio, aunque fuesen heridos.

Santa María la Real es un edificio admirable y magnífico, mezcla de los estilos ojival y bizantino, construido en el siglo XII, y es tan notable arqueológicamente considerado como San Pedro de Cardena (donde se hallan los sepulcros del Cid y de Jimena, su esposa) ó la antiquísima Cartuja de Miraflores. Medio arruinado por la guerra de Sucesión, estaba habitado por una comunidad de monjas de la orden del Cister, y para entrar un varón en el monasterio, aun en compañía de religiosas de la casa, tenía que autorizarlo especialmente la R. M. Superiora.

Ésta acudió. Era una dama distinguida, noble, perspicaz, que había llevado en el siglo un nombre ilustre, y que al primer golpe de vista comprendió que los vestidos de las gitanas eran un disfraz. Enterada de que se trataba de salvar á un cristiano acaso moribundo, no vaciló:

—Entrad, hijas mías: si llegáis á esta santa casa con buenos propósitos, el Señor os premiará, y si no, os lo demandará en su eterna é inmutable justicia. ¿Qué deseáis?

—Ver de salvar á este hombre, reverenda madre: para nosotras, un asilo de piedad y recogimiento por unos cuantos días.

—¡Bienvenidas! ¡La paz sea con vosotras!

Media hora después el vasco recibía los cuidados del cirujano de la comunidad, á quien enviaron á buscar con premura, y abrió los ojos.

—¿Dónde estoy?

Esta pregunta hace sonreír siempre á los lectores, por lo mucho que han abusado de ella los novelistas; pero en aquella situación era muy natural, pues al volver en sí hallábase Antonio en una celda espaciosa, cuyos muebles y disposición le eran totalmente desconocidos. Su mirada errante de un punto á otro tropezó con doña Cruz, que le sonreía; recordó el suceso, y articuló con dificultad estas palabras:

—¿Dónde está?

—Ahí, en el aposento vecino. Pero no habléis.

—¡Salvada! ¡Gracias!

—¡Sí; salvada, y vos también!

—¿Peyrolles? — preguntó al cabo de un minuto.

—Muerto. Le maté con mis propias manos. ¡Descansad!

El anciano médico miró con asombro en que se vislumbraba cierto miedo á aquella hermosa joven que se jactaba de haber matado con su mano á un prójimo. Ella le comprendió, y dijo:

—Era un miserable, y sólo hice justicia. Estoy segura de que Dios me ha perdonado ya.

—Si la vida de este hombre os es precisa, dad

gracias al Señor. Su vida no corre peligro. Unos milímetros de desviación hubieran hecho mortal su herida.

Flor agradeció esta noticia del galeno, y se arrodilló para rogar fervorosamente al Todopoderoso. Luego fueron ambos á la celda de la madre Abadesa, con la cual tuvieron larga conversación contándole sus aventuras.

La excelente religiosa las consoló, exhortándolas á que tuvieran confianza en Aquel que, fuente de toda justicia, la hace triunfar siempre, y abrazándolas con maternal afecto les dijo:

—En parte alguna, hijas mías, estaréis más seguras que aquí. Quedaos hasta que hayáis recobrado la paz del alma, y venid cuando queráis á desahogar vuestro corazón dolorido junto al mío, que también en otro tiempo padeció y sangró. Los dolores son eternos, como pruebas que el Señor nos envía en todos los tiempos á todas las criaturas para probar su temple de ánimo y que la recompensa sea más grata; pero no deja padecerlos á cada criatura mucho tiempo, porque es todo misericordia.

Á no ser por ignorar qué era del caballero Lagardère y de Chaverny, que las buscaban, desesperados quizás, Aurora y doña Cruz hubiéranse considerado completamente felices en aquel asilo de paz y de reposo, donde todas las

religiosas con caridad sincera trataban de hacerlas olvidar sus tristezas y animarlas en espera de mejores días.

Así esperaron el restablecimiento del vasco para que fuese en busca de Enrique; y el temperamento robusto del vasco ayudaba muy mucho á su curación. En efecto; á los pocos días ya pudo levantarse y conversar con las dos damas, concertando lo que debía hacerse.

Entretanto Peyrolles, cuya alma—caso de tenerla—parecía estar fuertemente agarrada á su cuerpo, se había salvado aquella vez como las anteriores.

Si en vez de ser Flor, que ignoraba cómo se mata á un hombre de una sola navajada, hubiera sido Laho el que le clavara su arma, con seguridad que el mayordomo no lo cuenta; pero la muchacha no había interesado ningún órgano esencial con el acero, y el miserable pudo instintivamente retirar la navaja de la herida antes de desmayarse.

Más de una hora tardó en recobrar el sentido; por fin abrió los ojos, y vió con estupefacción que no quedaba á su alrededor ningún viviente. En vano buscó con la mirada á las doncellas, el cadáver de su defensor y al bandido mutilado que hirió á Laho. La rabia que experimentó al verificar aquellas desapariciones por poco le ha-

ce perder otra vez el sentido. Se esforzó en no doblegarse al dolor y á la ansiedad; consiguió incorporarse apoyándose en un codo, y al hacerlo distinguió por un lado un jinete que huía.

No podía ser aquel á quien quiso hacer asesinar, pues en tal caso le hubieran acompañado las damas. No tardó en reconocer su propio caballo. ¿Quién sería el que lo montaba? Fijándose en su colete, rasgado y roto por varios sitios, adivinó muy en breve que el miserable mutilado le había robado y escapaba en su bridón. En efecto; sus bolsillos, así como su cinturón de cuero, estaban vacíos. Fué muy cruel para Peyrolles la situación: herido y despojado, no podía ni perseguir al ladrón, ni moverse, ni curarse. Sin embargo, la desaparición de sus economías, del fruto de sus rapiñas, le era aún más dolorosa que la navajada. Lágrimas de dolor y de impotente rabia brotaron de sus ojos de siniestro mirar.

Por una especie de fatalidad, nadie pasaba por aquel sitio para poder demandarle socorro.

Por fin, un muletero se dirigió desde la ciudad hacia donde él yacía, y le siguió con la vista ansioso, temiendo que antes de llegar al alcance de su voz tomara otra dirección. Peyrolles le suplicó que volviera á Burgos para pedir soco-

rro. ¡Ay! No tardó en convencerse del poder del oro. Algunas pesetas hubieran hecho que el español le complaciese; pero sólo por hacerle un servicio el hombre no estaba dispuesto á desandar su camino. El mayordomo de Gonzaga comprendió que el muletero nunca había oído contar la leyenda bíblica de la Samaritana.

El burgalés experimentó como un remordimiento, y por vía de consuelo añadió al alejarse:

—Si encuentro alguien que venga á Burgos, lo que no puede tardar en suceder, pierde cuidado, que le daré el encargo. Ten un poco de paciencia. Yo no puedo porque estoy muy de prisa. Si pudiera detenerme...

Peyrolles le vió alejarse, y le maldijo sin darse cuenta de que él era tan egoísta como el muletero. Al fin acertó á pasar un aguador que le dió de beber y avisó á la ciudad. No tardaron en acudir algunos hermanos de la Caridad con una camilla, en la cual le acomodaron después de interrogarle.

—Unos bandidos me atacaron—contestó.—Luché, y puse fuera de combate á varios; pero me hirieron, me desbalijaron, llevándose hasta mi caballo, y huyeron.

Aunque muy débil por la gran pérdida de sangre, tuvo bastantes fuerzas para pensar en la venganza,

Odiaba á Aurora; pero no olvidaba que tenía que respetar su vida. Odiaba á Lagardère, cuya muerte era lo único que podía librarle de morir de la terrible estocada de Nevers. Sin embargo toda su rabia se revolvía contra doña Cruz: tenía ded de sangre contra aquella mujer que había vertido la suya; y ni Gonzaga ni nadie en el mundo le impedirían torturar cruelmente en cuanto se presentara ocasión á la vagabunda que él mismo, de acuerdo con Gonzaga, había recogido de una plaza de Madrid para servirse de ella como de instrumento para sus designios.

—El Príncipe—se decía—reanimó á la yerta víbora calentándola con el calor de su propio pecho. Si no la aplasta, morirá por la mordedura del ingrato reptil.—Y pensando que también su vida peligraba, añadió:—¡Si él no lo hace, yo lo haré!

Para ejecutar su proyecto necesitaba saber dónde estaba la gitana, y se convenció de que quizás lo ignoraría durante mucho tiempo. Por rápida que fuese su curación, pasarían bastantes días sin poder prevenir de lo ocurrido á Gonzaga, y entretanto las jóvenes quizás habrían logrado reunirse con Lagardère.

Mientras le llevaban, los hermanos de la Caridad le prodigaban palabras afectuosas de resignación y consuelo. Peyrolles no los atendía:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"EL PASO REYES"
1917-1918 WINTERREY